

No cabe duda que el amor y el deseo, según comenta Alejandro Llano en el prólogo de este libro, son “temas de fondo que se dan por sabidos y que, al cabo, resultan ampliamente olvidados” (p. 11). Esta es quizá una de las grandes virtudes de la obra. Se trata de retomar novedosamente en el ámbito de la filosofía, como suele hacer este autor, echando mano de literatura de gran calado, un gran asunto de fondo en la reflexión especulativa, el cual es además la realidad vivencial por excelencia.

Para ello Llano, sugerente ensayista, amigo de la ironía y la exposición indirecta, buscará un interlocutor válido. Alguien como Marcel Proust, literato inscrito en los inicios de la postmodernidad, ajeno en lo sustancial a su óptica pero, sin embargo, al que en aspectos formales y profundos el autor se siente muy unido. En algunas ocasiones a lo largo del libro la cercanía entre ambos, guiada brillantemente por Llano, se dará, como en los diálogos socráticos, a través del matiz, la crítica y la aclaración de diferencias filosóficas.

La obra está dividida en un breve prólogo, una página donde se exponen las referencias bibliográficas de Marcel Proust y dieciocho capítulos breves. Aunque la temática que enlaza cada sección es la misma, el amor y el deseo, es cierto que todos los textos pueden ser entendidos como unidades en sí. Como pequeños ensayos tomado cada uno aisladamente. Utiliza así Llano un estilo que recuerda a obras sobre este tema escritas por Octavio Paz (*La Llama Doble*), o José Ortega y Gasset (*Estudios sobre el Amor*), este último frecuentemente citado a lo largo de la obra.

El capítulo 1, titulado, “El ansia y la sed” habla de la realidad humana de ser seres “anhelantes, insatisfechos, inconclusos” (p. 15). La búsqueda de plenitud y el deseo de lo ausente, de vivir más y mejor en el otro, es una de las energías que impulsan el amor. Pero por otra parte, como se apunta en el título del capítulo 2, “La imposible satisfacción”, el amor, el deseo, son también intranquilidad. Desasosiego inscrito entre la sexualidad y la muerte, el pasado y el futuro de la plenitud no alcanzada, los cuales pergeñan, según relata

Proust en sus obras, lo que hace entender a los seres humanos como “Insaciables”. Este adjetivo dará título al capítulo 3.

No tardará en dar respuesta Alejandro Llano a estas reflexiones al hilo de la narrativa de Proust. De ahí los capítulos 4 y 5, cuyos respectivos títulos son: “Lo primero es el amor” y “Hacia el amor”. Así, el amor, no puede ser un proyecto de autosatisfacción egoísta tal y como se mantiene en la postmodernidad, ya que sólo alcanza su verdadero sentido en la entrega y el don completo a una persona. Porque: “un amor que sólo espera recompensa no merece este nombre y, en rigor, no puede darse” p. 68. Todo lo contrario es para Llano el amor, ya que es activo y creativo y “conduce a quien se ama hacia lo mejor que pueda llegar a ser” (p. 73).

Tal vez la simpatía que siente Llano hacia el pensamiento de Proust se comprenda mejor tras la lectura del capítulo 6, titulado “Conversión”, en donde se explica como el autor de *En busca del tiempo perdido* pretende una y otra vez en su obra, consciente y sin serlo, purificar su idea del amor a través de la búsqueda: “permanente y casi siempre oculta de las cosas, y —lo que resulta clave en el contexto de una indagación sobre el deseo y el amor— de nuestro verdadero yo” p. 87. Después, para reafirmar el fundamento de este deseo de amor, en el capítulo 7 “*Sub specie aeternitatis*”, se indaga sobre la supratemporalidad y eternidad a la que aboca el verdadero amor.

Los capítulos 8, 9, 10 y 11, cuyos títulos son respectivamente: “Las tribulaciones del amor”, “Esperanza y cuidado”, “Secretos del deseo” y “Celos”, podrían entenderse como una crítica, reflexiones, consejos y recomendaciones frente a la cotidianeidad y desvelos de la vida amorosa, los cuales genialmente están jalonados en la literatura proustiana. Allí se da a un tiempo: “el afán de búsqueda y el tono de profundo desencanto (...) su gran intento fue el de buscar en el arte una rehabilitación de los ideales que, todavía, continuaba esperanzadamente valorando” (p. 109).

En el capítulo 12, titulado “Deseo mimético”, Alejandro Llano valiéndose esta vez de la filosofía de René Girard, aborda el tema del deseo sexual en la obra de Proust y en la sociedad postmoderna y la trampa de la falsa identificación personal que se encuentra detrás de la visión actual sobre la sexualidad.

En cierta medida el capítulo 13 puede ser entendido como una respuesta al anterior, ya que su título, “El otro”, y también su contenido, reflejan el hecho de que: “El amor nos abre a los demás, aunque después pueda decaer en mero apetito y quebrarse así la dinámica del querer (...) es el amor el que descubre al otro en cuanto a otro, es decir, como alguien que es semejante a mí, y en quien puedo encontrar correspondencia” (p. 143).

En el capítulo 14, titulado “El amor como ausencia”, se habla de la fugacidad del tiempo en relación a la experiencia amorosa. La permanente posibilidad de pérdida. Y en el 15, titulado “La imaginación”, de lo que es capaz de dar y también de quitar esta gran cualidad humana.

En el 16, “¿Fidelidad o ruptura?”, se vuelve a poner de manifiesto la reflexión sobre una problemática muy actual como es el valor del compromiso amoroso. Llano da una respuesta acorde con la valoración del amor como un proyecto estable y duradero en el tiempo.

En el 17, “Amor y literatura” se reflexiona sobre como tantas veces el concepto del amor actual está muy influido por la literatura moderna, la cual ha provocado su “estilización como un sentimiento frágil y sofisticado” (p. 176).

Por último, el capítulo 18, el de mayor sugerente título: “La verdad y el amor”, puede considerarse como un resumen y una explicitación de todo lo que Alejandro Llano ha ido lentamente desbrozando a lo largo del libro: el hecho de que no puede existir el amor sin la verdad, ni la entrega, ya que “la conjunción entre la verdad y el amor es una de las claves de la vida” (p. 186). Sólo así el deseo de autenticidad amorosa, constante en las obras de Marcel Proust, puede llevar a descubrir que “es inútil buscar la felicidad personal si no contribuimos a la felicidad de los demás” (p. 194).

Miguel Rumayor. Universidad Panamericana  
mrumayor@gmail.com